

se dilucidaban asuntos de nuestra historia patria y se tocaban puntos que más interesaban á la instrucción pública, y si en aquellos el pretexto de las tertulias era aprovechar para el ánimo y la amistad, ratos de expansión, en las segundas era, con idéntico fin, el juego del billar. En estas reuniones, á la gravedad de los Sres. Don Urbano Fonseca, Don José Fernando Ramírez y Don Leopoldo Río de la Loza, se contraponía la jovialidad de Don Manuel Orozco y Berra, á quien nunca faltaban



DON LEOPOLDO RIO DE LA LOZA.



DON JOSE FERNANDO RAMIREZ.



DON MANUEL OROZCO Y BERRA.

cuentos y dichos, graciosos y oportunos que referir, ya para disculparse de una chambonada en los efectos de la carambola, ya para distraer á su contrario en una jugada y hacerlo incurrir en la misma falta.

Sin desatender las peripecias del juego mezclábanse á las pláticas festivas, serios razonamientos sobre puntos que á cada cual más interesaba. El Sr. Fonseca exponía sus proyectos para el establecimiento de una buena Escuela de Artes, Don Leopoldo, el descubridor del *ácido pipizaico*, drástico activo, llama-

mado en Europa *ácido riolócico*, nos hablaba de la composición y naturaleza de las aguas de los pozos artesianos en el Valle de México, y de aquellas que, por los acueductos de la Tlaxpana y de Belen, llegaban á la capital procedentes de los manantiales de la fértil cañada de Los Leones y del pintoresco parque de Chapultepec. Don Fernando Ramírez, nos comunicaba el resultado de sus investigaciones históricas, manifestando que el bautismo de Moctezuma II, hecho de que trata Muñoz Ca-

margo en su Historia de Tlaxcala, era una falsedad. Orozco y Berra nos hablaba de la Cosmogonía tolteca y de sus soles. En una de esas comunicativas reuniones, el señor Ramírez concibió la idea de formar para el Atlas de la República que, á la sazón, yo publicaba, el interesante *Cuadro* histórico geroglífico de la peregrinación de las tribus aztecas que poblaron el Valle de México y, por último Orozco y Berra inició allí la idea de formar la *Carta Etnográfica* de la República y la Geografía de las lenguas indígenas de México.



XXI

EL TIVOLI DE SAN COSME.

GRANDES son los apuros en que se encuentra el escritor que pretende describir un paraje de todos conocido, para quienes la realidad hace innecesaria la pintura, razón por la cual se ha apoderado de mi ánimo gran desaliento que me impide bosquejar, si quiera, un cuadro con algún sello de novedad, mas como ha de objetárseme que la pintura es indispensable para los de tierra adentro, como se les llama á mis paisanos de más allá de Tlalnepantla, y para los de tierra afuera, como llamo yo á nuestros parientes y prójimos de más allá de las fronteras y de los mares, acato la observación; pero adoptando un término medio, cual es de dar yo los elementos necesarios, para que mis lectores lejanos puedan dar forma á un pintoresco cuadro, según el poder de sus facultades imaginativas.

Los elementos que puedo proporcionar, venciendo en parte mi desmayo, son: un hermoso parque de fresnos seculares, en el ameno barrio de San Cosme; terreno compartido en prados y jardines; tortuosas callecillas acotadas por macetones con hermosos rosales y robustas hortensias, aque-

llos esparciendo sus perfumes, y éstas ostentando sus esféricos corimbos de colores pálidos, azul y rosa; musgosas colinas, estanques con ánsares que en el agua se deslizan; fuentes murmurantes; cenadores y kioscos en medio de los prados; el "Cenador de Robinsón," en



alto sostenido por dos corpulentos fresnos; una gran jaula de palomas viajeras; calandrias y gorriones que trinan sin cesar en la espesa fronda, y, por último, un cuadrumano que con sus piruetas en la cuerda tensa, divierte á los hombres y espanta á las señoras.

Con esos elementos y mediante la fraseología y tropos que adopte cada cual, según se lo permita su propio numen, obtendrá el deseado cuadro, digno del pincel de Velasco ó de la pluma de un Jorge Isaacs.

Hay que advertir que todo esto se refiere á una época pasada, pues destinado

hoy el ameno parque á un Colegio francés, ha sufrido algunas transformaciones.

El Tivoli de San Cosme era el lugar de los festines que organizaban el amor, la política y la amistad. El canto epitalámico que inspiraban dos corazones estrechamente unidos por

los lazos del himeneo, iniciaba allí la era feliz de la luna de miel; cantinela amorosa acompañada del suave murmullo de las fuentes é interrumpida, á veces, por el gorjeo de los pájaros; día venturoso en que al robusto árbol había adherido la delicada madre selva para producir en el hogar las hermosas flores de la familia. Rara vez, bajo la frondosa bóveda del parque, se albergaron los amores clandestinos, como frecuentemente acontecía en los Tívolis del Eliseo y Petit Versalles, situados respectivamente en el Puente de Alvarado y Calzada de la Piedad.

Unas veces las armonías musicales denunciaban la presencia de quienes habían organizado en aquel paraje un festín, con el objeto de atar y desatar hilos políticos ó de hacer con ellos una maraña, y otras, verificábanse reuniones amistosas sin aparato alguno, y sin otro fin, que dar descanso al cuerpo y expansión al espíritu.

Bastaba ver en alguno de dichos cenadores, la mesa puesta, con esa coquetería genial de los franceses, para excitar el apetito, sin necesidad de tantos bebestiajes, acostumbrados desde tiempo inmemorial, con el pretexto de ayudar á la digestión con el indispensable aperitivo. Conviene advertir, que mesas tan bien dispuestas, como las del Tívoli de San Cosme, no me sorprendían porque habituado estaba á observarlas en todas las casas en que imperaba la decencia.

Mas como en la vida nada hay perfecto, al fijarse la vista en las cartulinas que con sus ramitos de violetas, se hallaban reclinadas en las encarrujadas servilletas, asomaba á los labios la risa, al leer los despropósitos escritos en aquéllas. Ese ahinco de poner á los manjares que han de servirse nombres acomodados á las circunstancias políticas y sociales del momento, solamente les es dado á los cocineros franceses.

Las listas que en distintas épocas nos presentaban en el Tívoli de San Cosme, el bueno de Fortuné, y el excelente Porraz, no me vienen á la memoria, y sólo recuerdo que eran idénticas á las actuales como la exhibida en el festin dado ultimamente en Palacio á los miembros de la Conferencia Pan-Americana, lista de la que voy á tratar, por tenerla á la mano.

Las traducciones libres del francés al cas-

tellano, á causa de la diversa índole de uno y otro idioma, inducen á cometer grandes despropósitos á los que han visto y siguen viendo con desdén la hermosa habla castellana. A los incontables galiscismos, introducidos en el idioma de tiempo inmemorial y amantados por no pocos periodistas, debemos agregar los barbarismos del pueblo bajo y los disparates de aquellos individuos cuya habilidad reside en la sartén.

Hágote, querido lector, formal presentación de la expresada lista, y oye lo que acerca de ella, le ocurre á éste tu fiel servidor.

MENU.

“Menudo ó menudencia,” palabras mal sonantes; “detalle” ó “pormenor” ya nos vamos acercando á lo justo; “nota ó lista,” al fin dimos en el clavo.

POTAGES.

“Caldo, sopa ó menestra,” y pasemos adelante, ó doblemos la hoja, como otros dicen.

CONSOMME FONTANGE.

“Consumado de moño de peinado antiguo.” Bien hecho, porque con el moderno, no de un moño sino de muchos, cualquiera se atraganta.

PURE MEDICIS.

Seguro estoy de que ni el cocinero ni los convidados han sabido cómo era esa papilla florentina.

HORS-D'OEUVRE.

“Voladizo de un edificio,” pero aplicado al arte culinario quiere significar comestibles ligeros para abrir boca. Sin duda son las menudencias á que se refiere el encabezado de la lista.

PETITES CROUSTADES RICHELIEU.

Es decir, empanaditas con birreta de Cardenal.

RELEVES.

Repuesto de comestibles.

“Trozos de Salmón Regencia.”—Milagro que no se dijo: “Pantorrillas salmonadas del Regente.

NOIX DE VEAU DIPLOMATE.

Sólo á un cocinero se le ocurre dar á un becerro credencial de diplomático; metáfora,

que además de incorrecta es muy impropia, por no existir, entre ambos individuos, ni un ápice de similitud, pues uno es animal rústico y grosero que por espantadizo á todo arremete, y el otro un hombre astuto y sereno, que anda con pies de plomo, poniendo en juego sus finas maneras y el disimulo para sacar ventajas de otro que, como él, propende al mismo fin. Así es que aunque irrespetuosa la metáfora, perdido hubiera su impropiedad, diciendo: “Noix de renard diplomate.”

ENTREES.

“Entradas.” El diccionario castellano dice: acción de entrar en alguna parte, pero yo digo que tal acto sólo puede ejercerse cuando no esté llena la casa, que en la presente ocasión es el estómago, estrecha habitación, en la que ya tomaron su alojamiento no pocos manjares, incluyendo las piezas salmonadas y del becerro astuto, diplomático ad interim. El diccionario francés dice: primer plato, y los anteriores ¿qué fueron? menudencias para abrir boca. Difícil es coordinar estas ideas que no se conforman con el sentido de la palabra, por lo cual me atengo al significado que á ésta se le da en México. Aquí no decimos: á fulano le dieron una paliza, á zutano lo abofetearon, y mengano recibió una buena azotaina, sino: á fulano le dieron una “entrada” de palos, á zutano una “entrada” de puñetazos y mengano recibió una buena “entrada” de azotes. De todo esto se infiere que la palabra “Entrées” equivale al aviso que se da con referencia á la soberana entrada que á trueque del “menudo” va á recibir el bolsillo del anfitrión.

BECASSINES A LA CAVALIERE.

“Chochas ó agachonas á lo jinete.” Buenos piquetes de espuela va á recibir el ya recargado estómago.

CHAUD-FROID DE SUPREMES DE VOLAILLES.

Entre lo caliente y lo frío está lo tibio. ¿A qué obedecerá la tibieza de las pechugas de ave? Por causa más baladí se mató, según dicen, el cocinero de Luis XIV.

Hay que decir, además, que el cocinero sustituye el nombre “blanc de volailles” con el de “supremes de volaille” porque según su criterio y el mío también, la pechuga es la su-

prema pieza del descuartizado animal; pero como de gustos nada hay escrito, lo que al cocinero y á mí nos parece superior, para otros es insignificante; y si no, preguntadle á una señora estando á la mesa: ¿qué desea usted que le sirva?—A mí, contestará ella astutamente, “cualquier cosa,” la pechuga.

BOUDINS DE FAISAN JUSSIENE.

Cuánto vamos apostando á que no hay tal faisán “Jussiéne,” sino que se trata de nuestro gallo-pavo ó “huachalote” como lo llamaba el bueno de Maximiliano.

PUNCH VICTORIA.

¿Qué tuvo que hacer su graciosa majestad con el ron, el azúcar y el limón?

ROTS.

Traducción libre “rotos,” alusión de nuestros léperos á los de levita, pero los instruidos traducen asados con referencia á carnes cocidas en el horno.

SELLES DE FRES SALES AU CRESSON.

“Sillas de montar saladas con ensalada de berros.” ¡Cáspita! Buena dentadura han de tener los que tal coman y supremo aparato digestivo.

DINDONNEAU PIQUES.

“Pavipollos picados” y ¿por qué no banderillados también? ¿O quiso el cocinero aludir con más propiedad á la última suerte del toro?

LAITUES BRAISEES AU JUS.

“Lechugas asadas en su jugo.” Tal preparación ha de haber sido inventada por el que asó la manteca.

ASPERGES.

Mei Domine.

BABAS A LA D'AREMBERG.

Aunque en francés babas sean tortas, en castellano resulta una porquería, por más que Mr. d'Aremberg haya sido un Señorón muy estimado y que á las susodichas babas se les incorporen pasas de Corinto.

GLACES MEXICAINES.

“Mexicanas heladas.” Mejor hubiera sido decir “Glaces á la mexicaine,” para evitar la

interpretación que no está de acuerdo con el temperamento de nuestras paisanas. Agradezco al cocinero que no haya puesto: *Mexicanes frappés*.

DESSERT.

¡Bendito sea Dios! que con los postres da fin el banquete y la tortura de los estómagos, que, como el champaña, han estado por largo tiempo "trés frappés."

Bien hayan los ingleses que no salen de su "beef-steak," "roast beef" y "plum-pudding" y se echan al colete los mejores vinos del mundo, sin golpearlos, mediante lo cual, no pasan días por ellos, y se mantienen feos, fuertes y formales.

La mayor parte de los banquetes habidos en el Tívoli de San Cosme, fueron decorosos, como que á ellos generalmente concurrían personas distinguidas y de buena educación, la cual permite el trato familiar sin traspasar los límites de la decencia; pero otros hubo, de los dados á escote, que se singularizaron por las faltas de urbanidad en que incurrían algunos individuos que allí, como en todas sus reuniones, eran la nota discordante de la buena crianza. De tales individuos tomé apuntes para atacar en ellos uno de los vicios de sociedad más vituperables. No sólo puede aplicárseles el aforismo conocido: "dime lo que comes, y te diré quién eres," sino también éstos: "tu manera de comer, revela tu clase, y la conducta observada en la mesa, da á conocer al que es ó no bien educado." No satisfechos esos individuos con sus incorrecciones en la mesa, al terminar el banquete llenábanse la faltriquera de dulces y pastelillos, acción que demuestra gran pobreza de espíritu, pues quienes la cometen ponen en claro su ruín intento de saldar hasta el último centavo del escote, ó por lo menos, autorizan para creer que las personas de su predilección, para quienes han sido aparejadas las provisiones, sólo mediante este recurso, pueden gustar de tales masas y confituras. ¿Verdad, querido lector, que ni tú ni yo llevamos sobras á nuestras casas?

La observación ha venido á demostrar que en los festines la diosa del silencio abandona la presidencia y se aparta para dar la alternativa, como hoy se dice, al mofetudo y regordete Baco, en los momentos en que los circunstantes

han enviado á sus fauces la última cucharada de la sopa. Iniciábanse las libaciones con el jerez amontillado para proseguir con los vinos blancos y tintos, y terminar con el espumoso champaña. Tanto como el viento, por el desequilibrio atmosférico, arrecia por grados, desde la ligera brisa, hasta el huracán, así aumentaba gradualmente, por el desequilibrio individual, la alegre plática, desde el suave murmullo hasta el bullicio estrepitoso, momentos en que todos hablaban y ninguno se entendía. El repiqueteo de una copa de cristal, hacía cesar momentáneamente el bullicio, atrayendo la atención de los convidados hacia el individuo, que ya de pie y copa en mano, se disponía á ofrecer el banquete al agasajado personaje; contestaba éste; poníanse en pie los amistosos y apiñábanse los más en torno suyo; nutridas palmadas celebraban cada frase altisonante del discurso, cada reminiscencia histórica, palmadas que eran secundadas por los que permanecían en sus apartados asientos, á donde apenas llegaban los ecos del orador; terminaba el discurso y una estrepitosa salva de aplausos atronaba el recinto; quiénes se acercaban al ídolo de aquel día, para felicitarlo, quiénes para estrecharle la mano, y quiénes para abrazarlo, diferentes hechos, ejecutados conforme al grado de confianza que cada cual había alcanzado en su trato con aquél que en esos momentos era objeto de tales demostraciones.

Continuaba la comida y reanudábanse las conversaciones de los diversos grupos, que al fin se unificaban para hablar tan sólo de los discursos, del que ofreció el banquete para criticarlo, y del que lo aceptó, para elogiarlo. Los sonidos de las copas de cristal, cercano ya el fin del banquete, se confundían con el murmullo de las pláticas animadas y hacían fijar la atención de los circunstantes en los brindadores, que ardientemente deseaban ganar la voluntad del repetido personaje, mediante sus discursos que variaban en la forma, y eran en prosa ó verso, escritos ó improvisados, aunque de éstos algunos hubo que llamo mixtos, porque anticipadamente se rumiaban para hacerlos pasar después como violentos partos del ingenio; pero todos estaban acordados en su espíritu, como era el de enderezar al personaje tantos piropos que ni la Santísima Trinidad

los ha recibido en las oraciones que diariamente se le dirigen.

Como en aquellos tiempos los gobiernos cambiaban con las estaciones, y había en cada lunación crisis ministerial, no era raro que un personaje encumbrado escuchase el mismo brindis que antes fuera pronunciado en loor del personaje caído, de lo que resultaba, que ya no era solo un hombre el más grande que habían visto los siglos en la patria de Moctezuma, sino dos, con la única diferencia de que el verbo adular se conjugaba para uno en tiempo presente y para otro en el de pretérito perfecto, quedando el futuro, in pectore, para el magnate venidero.

Tal proceder que estriba en la adulación, contrasta con el que por fundamento tiene el verdadero cariño, y debo advertir que si banquetes hubo como el descrito, otros se realizaron, y no pocos, en que la sinceridad resplandeció con la majestad de soberana. Como he colocádome á la izquierda de la unidad, hace tiempo que no concuro á banquetes, y quizá por eso ignoro si en ellos ha minorado la incorrección y ha aumentado la decencia, aunque presumo que sea lo inverso, pues he observado que en el mundo, la moralidad y la pulcra sociabilidad, no van como el sol en el espacio, avanzando, sino como el nodo equinoccial, retrocediendo.

El asunto de la ebriedad merece un capítulo aparte.

El beodo es una calamidad en todas partes, en las calles, en los paseos, en los teatros y en los banquetes. No concibe el placer que puedan proporcionarle: el encuentro de un amigo, la audición de las obras dramáticas y musicales y el trato alegre y franco de las tertulias, sino apurando constantemente copas de licor. Sirvele de pretexto el vuelo de una mosca para invitarte á beber, que quieras ó no quieras, estés enfermo ó sano, y llega á tal grado su empeño para que con él compartas una de las mayores desazones, que de la instancia

amistosa, pasa repentinamente á la grosera amenaza. Si en tal peligro te hallares, desprevénido lector, aprovecha el vuelo de otra mosca para escurrir el bulto, consejo que te doy por haberlo practicado con éxito satisfactorio; aun cuando éste no fué debido al vuelo del nauseabundo insecto, sino á la oportuna aparición de dos arrogantes mozas.

El hecho que voy á referirte, aconteció en una calle céntrica de la capital, una de aquellas que se distinguen por sus elegantes casas de comercio en cuyos lujosos escaparates centellean las piedras preciosas ó se exhiben telas, adornos y demás efectos que se hallan bajo el dominio de la moda. Interpoladas con esas casas de comercio, aparecen otras que sólo llaman la atención por los letreros blancos ó dorados de sus vidrieras, y por las cortinillas de terciopelo ó raso, que protegen el interior, de las curiosas miradas de los que discurren por la calle. Los provocativos letreros, dicen, en nuestro idioma "Cantina," ó en el de nuestros primos, "Sample room," establecimientos que por sus espejos y mostradores de marmol, serán elegantes salones y todo lo que se quiera, pero que por su objeto y destino, se llaman y siempre han llamádose tabernas, en toda tierra de cristianos.

Paseábame tranquilo por la susodicha calle, cuando fuí sorprendido por un "amigo" que me era tan conocido como el Sultán de Zanzíbar, lo que no era un obstáculo para que mostrase particular afición á mi persona. Invítome con insistencia á que lo acompañase al inmediato "sample room," y yo me negué, como era natural á satisfacer sus deseos, haciéndole presente, para que me disculpase, el mal de garganta que me aquejaba: instome con vehemencia por segunda vez, y yo, con entereza, repetí mi repulsa, la que vino á determinar en él, la transición del acendrado cariño al brutal enojo, pero quiso mi buena suerte que acertasen á pasar las dos esbeltas y bien ataviadas jóvenes ya nombradas, cuya presencia marcó el oportuno calderón de nuestra discordante plática. Yo me replegué á la acera; el amigo aquél se bajó del andén, las niñas pasaron, y en tanto que el beodo, adorador, á la par, de Baco y de Cupido, con el cuerpo inclinado, puestas sus manos en la cintura, y tambaleando la cabeza, se quedó mirando fijamen-

te á los dos bellos palmitos que se alejaban, yo me escurri por una puerta de cierta tienda, y salí por la otra, que daba á distinta calle.

Oportunidad como la mía, siempre puedes

aprovechar, querido lector, pues no debes olvidar que entre la clara razón y el sentido perturbado, aquélla tiene sobre éste todas las ventajas.



XXII

DIVERSIONES FAVORITAS.

COSTUMBRE inveterada fué y seguirá siendo en virtud de ciertas razones que por conocidas callo, la de divertirse los humanos los días domingos en esta parte de la América Septentrional, pues, según se dice, nuestros escrupulosos vecinos del Norte dedican esos días á la *oración*. Las corridas de toros, las maromas, los paseos de la Alameda y Bucareli, el atrio de Catedral, la Pradera y la Retama, constituían las diversiones favoritas del pueblo. De las plazas de toros que existían en la buena ciudad de México, se tratará separadamente.

Los paseos de la *Pradera* y la *Retama*, el primero entre la Palma y la Soledad de Santa Cruz, en cuyo sitio han levantádose casas, y el segundo por la parte sur de la ciudad, en la rinconada de Monserrate, ofrecían columpios, volador, sube y baja y otros juegos por el estilo, *maromas* y meiendas, todo lo que extraordinariamente atraía á la gente del pueblo. Otras *maromas*, ó sean los lugares en que los cirqueros y volatines lucían su destreza, existían en la cuarta calle del Reloj y en la esquina del Puente del Santísimo.

La primera de dichas *maromas* que, con la desaparición de la segunda quedó dueña del

campo, pertenecía á Don Soledad Aycardo, hombre astuto y laborioso que había logrado adquirir gran reputación y aplauso, no solamente entre la gente del pueblo, sino entre la rica y encofetada, pues has de saber, querido lector, que tan bueno era aquel bisojo, pues torcido de vista era, para bailar y dar volteretas sobre un caballo, saltar en la cuerda y hacer el payaso que, al decir de los inteligentes en achaques de ese arte humilde, no tenía rival, como dirigir y tomar participación en las comedias y sainetes que se representaban por la noche, ó mover á las mil maravillas los títeres en las funciones de este género que alternaban con las representaciones dramáticas.

No temas, lector amigo, que abuse de tu paciencia describiendo, con todos sus pormenores, las funciones de circo que se celebraban por las tardes, y sólo ofrezco decir, lo muy preciso para que puedas distinguir la diferencia entre los antiguos espectáculos y los de estos tiempos; mas para conseguir el objeto tú y yo, debemos asistir, retrotrayendo de nuevo el tiempo, á esa época de las *maromas del Reloj*, *Puente del Santísimo*, *la Pradera* y *la Retama*, sin dar la preferencia á ninguna por lo que respecta al local, que hartamente ingrato era el

de las cuatro, no existiendo más diferencia esencial entre esos corrales, que la que resultaba de tener los dos primeros su techo de tejamanil y los dos últimos, muy espléndido el suyo, como que era el natural, el mismo cielo.

No sé á punto fijo la época en que desapareció el circo del Puente del Santísimo, pero del que bien me acuerdo por diversas circunstancias es del llamado el Reloj, y por tanto á él se refiere la siguiente relación.

Desde muy temprano empezaba á acudir la gente del pueblo, así como algunas familias con sus propios retoños y las niñeras con los ajenos; el caso es que, poco antes de dar principio la función, el circo ofrecía un completo lleno. Los concurrentes confundían su algarrabía con los destemplados acordes de una murga en que desempeñaban los principales papeles el bombo y el clarinete, que ensordecían á los que podían desde grandes distancias escucharlos.

En tanto que unos concurrentes se echaban al colete sendos jarros de pulque, otros refrescaban sus fauces con el jugo de las limas ó de las naranjas, y el dulcero se abría paso por entre la gente apiñada, llevando un cajoncito so-



EL DULCERO.

bre cuya servilleta estaban los caramelos de esperma, los cartuchos de las almendras garapiñadas, acitrones, calabazates y camotes cubiertos, huevos reales y yemitas acarameladas, gritando acá y allá: *dulces para tomar agua, ¿quién se refresca?* Iba siguiéndole un chico

zarrapastoso que conducía un cántaro lleno de agua y un vaso de vidrio, para dar de beber á los que compraban dulces á su amo.

A las cuatro ó cuatro y media, al toque de una marcha ejecutada por la murga salían los volatines y cirqueros y á la cabeza el famoso payaso, quien hacía al público grotescos saludos y presentaba á sus *chicos*, como él llamaba á todos los de la comparsa.

Hase comparado el payaso de hoy con el bufón de la Edad Media. La comparación es exacta, salvando las siguientes diferencias: el payaso divierte á un público y trata de congraciarse con él, en tanto que el bufón distraía á su señor, adulaba á los magnates cuando le convenía, y se vengaba de sus enemigos. El payaso con sus chistes causa hilaridad, y cuando se traslimita, hiere; mas las heridas que infiere no son profundas, y siempre es aplaudido, pues infeliz de aquel que se da por agraviado en el circo, porque da pábulo á la burla de los espectadores; y el bufón inventaba cuentos que iban envueltos en advertencias que salvaban vida ú honra, unas veces, ó en amenazas que producían el deshonor ó la muerte, otras. El payaso sólo ejercita su oficio en determinados momentos, pero fuera de éstos es un hombre como todos, y el bufón siempre era el juglar que tomaba participación en las conspiraciones, en las guerras y en las fiestas; el payaso, por último, es querido de muchos y de ninguno odiado, y el bufón, por el contrario, era de muy pocos estimado y de muchos aborrecido. *Fortún*, aquel chispeante *Fortún*, dijo que los payasos existen en los círculos sociales y políticos, y yo digo que no le faltaba razón.

El verdadero payaso mexicano que conocí en la época á que me vengo refiriendo, presentaba caracteres algo distintos á los del *clown* actual, y el más popular de todos, era Don Soledad Aycardo, quien, como los demás de su oficio, aunque con moderación y sin causar á nadie particular ofensa, dirigía sus puyas en verso á las viejas y á las suegras, y piropos á las muchachas bonitas; criticaba vicios sociales, y por eso hablaba, ora de las casas de vecindad, ora de la mujer mal casada, de los borrachos y de los jugadores.

Presentábase unas veces con el vestido ajustado al cuerpo, la cara enharinada, y con un cucurucho de fieltro en la cabeza, larga cabe-